

EL CADAVER DE LA VIEJA HISTORIA POLITICA TODAVIA IN- SEPULTO.

**CRITICA DE LA OBRA DE JOAQUIN VARGAS COTO
"CRONICAS DE LA EPOCA Y VIDA DE DON RICARDO"
ED. COSTA RICA, SAN JOSE, 1986.**

I. LA MAGIA DE UN NARRADOR.

La Editorial Costa Rica nos entrega, en un voluminoso tomo de más de cuatrocientas páginas, una crónica biográfica. Se trata de una serie de escritos realizados por Joaquín Vargas Coto, periodista nacional, y ordenados por sus hijos, en particular la Lic. Alicia Vargas de Fournier, quienes le darían el carácter de libro de valor histórico. La obra del periodista se proyectó con el consentimiento de don Ricardo para dejarnos algo así como un testamento político en la forma de estas crónicas.

El trabajo se presenta en diecisiete capítulos con ordenamiento en romano e identificados con un título igual a la primera frase de su texto; mas en el índice se presentan con un miniesquema de los tópicos tratados en cada uno. La obra no llega a cubrir toda la vida de quien ocuparía por tres veces la Presidencia de la República. La muerte del cronista-historiador interrumpió la tarea. Sin embargo, en el apéndice del libro se recogen, del tarjetero personal del escritor, "referencias de Don Ricardo y escritos suyos publicados en los periódicos y revistas de la época" (p. 355); lo que da testimonio del pleno conocimiento y admiración que tenía don Joaquín de "su ilustre amigo de muchos años" (p.10). Quedan por fuera de la obra los últimos quince años de la vida de tan destacado político y jurista costarricense.

Quienes hemos leído la obra, con el cuidado que se merece, fuimos absorbidos por la magia de un notable narrador. Su pluma nos llevó, por el decurso de las peripecias de un personaje, un conjunto de acontecimientos y una escogencia de anécdotas de buen gusto, al encuentro de tres propósitos bien definidos:

1) No hacer “un canto de alabanza a las bondades de Don Ricardo”, para no despojarlo de *lo humano*; “... si algo puede quedar de la lectura de estas páginas... es precisamente lo que tiene de humano este costarricense, su lucha, sus empresas, sus derrotas y sus victorias, sus vacilaciones, sus pecados y sus virtudes, los entudiasmos que fueron motor de sus acciones, sus desfallecimientos, sus recuperaciones, lo que hizo, lo que dejó de hacer, lo que pensó, lo que amó, lo que desdeñó, el arrebató pasional que lo hizo vibrar, que lo precipitó a veces en el fracaso, que le puso alas para levantarse en las caídas” (p.13).

2) Contarnos *un relato* de la vida de un ser no excepcional sino “...con las mismas características de los demás”; que vivió desde el 6 de febrero de 1859 “... hasta las primeras horas de la noche del 4 de enero de 1945”. Que ocupó “...los tres más altos puestos de los tres poderes de La República”. Que fue abogado y agricultor y “...brillante orador; escritor castizo, político de extraordinarias facultades y de muy elevados ideales; polemista único; notable jurisconsulto; ganadero renovador y progresista; dueño de una poderosa inteligencia y de una memoria admirable; desafortunado en amistades; de muy buena estrella en política; más equivocado que certero en el juicio de los hombres...” (p. 14-15).

3) Hacer “...una simple *contribución* a la historia de Costa Rica” (p.15), propósito que probablemente sirvió de justificación para aunar recursos suficientes para la selección y edición de la obra. Colaboraron la Escuela de Estudios Generales y la Vicerrectoría de Acción Social de la Universidad de Costa Rica, el Señor Presidente de La República Luis Alberto Monge Alvarez y el periodista Armando Vargas, su Ministro de Información.

II. EL PESO DE LAS SOMBRAS EN LA LUZ

Sin embargo, la concepción de la historia que subyace en el cronista y que a veces, aunque de manera marginal se hace explícita, traiciona su intencionalidad manifiesta. Es en esto donde se centran los problemas de la obra. La lectura de estos relatos, que brotan con una prosa elegante y amena, exige la tarea de reconocer los criterios que orientaron al cronista en la selección, presentación y enjuiciamiento de algunos hechos de la historia nacional. Así, el libro de don Joaquín, nos contagia con una concepción muy particular de la historia costarricense y una peculiar definición de la Historia como ciencia.

En todos los relatos, el sujeto histórico es el individuo, mas no todos o cualquiera, sino el gran hombre. La materia histórica con que trabaja el cronista-historiador, son los hechos y detalles de hechos políticos que ocurren entre la noche del 7 de noviembre de 1889 y la del 27

de mayo de 1939. "Entre ambas noches... es necesario leer en su vida la historia nacional" (p. 16). Don Ricardo con sus virtudes y defectos es El Irazú (cfr. p.24) y en su biografía se trata de la vida de un pueblo (sic.). "La historia de Costa Rica fue la de la vida de don Ricardo Jiménez, y la de éste la del país, ya que no pueden separarse en ese lapso que va de 1890 hasta 1945" (p.17). Por ello el cronista recoge sus gestos, actitudes y palabras en tanto encarnan, a manera de síntesis, rasgos peculiares del ser costarricense; porque sólo a través de un gran hombre como éste podremos tener historia nacional.

Más ¿cómo podría haber historia nacional centrada en un hombre? No es que en esta crítica neguemos el papel del individuo en la historia. Relevamos la importancia que para los momentos o coyunturas tiene el peso de las figuras excepcionales. No obstante nuestra preocupación va en otro sentido, en objetar el engrandecimiento de la analogía historia-nacional-biografía, por cuanto la historia, como señaló Lucien Febvre "es absolutamente social... Es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas realizaciones de los hombres de otros tiempos (también de los de éstos tiempos), captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras (...); actividades y creaciones con las que cubrieron la superficie de la tierra y la sucesión de las edades"¹. Por lo tanto, no podrían ser equiparables las biografías a las historias nacionales; el relato con el conocimiento científico; la temporalidad individual con la nacional.

No obstante, en la historiografía latinoamericana y en la de nuestros liberales sin excepción, esta analogía fue constante. La historia política que pretende responder a las necesidades actuales de nuestra sociedad, ha sido una historia de personajes. En ella el individuo lo hace todo, es un héroe y su práctica individual es la historia, pues ésta abstrae esa praxis de la totalidad de acciones.

Por ello, esta historia privilegia el acontecimiento. Pero el suceso de corta duración, no aparece como el producto o resultado de concatenaciones diversas de elementos; sino como el escenario y la acción del sujeto-individuo-héroe. El acontecimiento toma la forma, en el discurso, de una anécdota, y el discurso mismo asume el papel del relato. La anécdota es casi un chisme, pero no es un chisme pleno, pues revela de una manera maniquea, dual, sólo lo positivo y lo bueno para ocultar lo perverso, negativo, malo. En cuanto la anécdota-acontecimiento-relato abstrae la práctica humana individual, esta historia se desarrolla solamente en el corto plazo, no a raíz de lo fugaz de la vida humana que deifica, sino porque tal acontecimiento, tiene una causalidad que se manifiesta en la conducta de lo humano-individual. Es una historia de la parte. Es parcial y privilegia sólo la más visible y aparente de la historia

humana: lo acontecido a y por individuos, excepcionales o no, en la vida nacional. A saber, los políticos, la élite política o los encargados de dirigir y gobernar la cosa pública. Por ello esta historia es política, y lo político como síntesis histórica de individuos y acontecimientos, es una escaramuza científica esencialmente ideológica.

III. DE LA CUNA AL OLIMPO.

En el segundo capítulo el autor presenta el ambiente nacional en que surge su personaje. Una buena focalización de su medio político. Una descripción dicotómica, bastante precisa de los grupos dominantes, con sus contrariedades y disputas al interior de un bloque de fuerzas políticas que se disputan el poder; del cual poder es víctima y verdugo el padre de don Ricardo don Jesús Jiménez; aunque para el autor es evidente que el poder sólo descansa en quienes tienen el gobierno. Hay una corta apreciación de la Campaña Nacional de 1856-57, la que se percibe como una gesta que fortifica el sentimiento de la nacionalidad, armoniza las divergencias de grupos y localidades, crea una identidad patriótica y cohesiona intereses dispersos (cfr. p.27). Luego los conflictivos años posteriores. El replanteo de las disputas interoligárquicas aplazadas, sus vicisitudes y confrontaciones expresadas en el Estado a través de golpes militares o procesos electorales de dudosa constitucionalidad. Sin embargo la presentación de los hechos políticos debe observarse en tres dimensiones.

1) Los criterios de selección y ordenamiento de los hechos. Para el cronista, son importantes aquellos hechos que "problematizan" la vida de don Ricardo. Pero no todos. Y, en esta selección, el ofrecimiento de no despojar de lo humano al héroe por prurito de imparcialidad, se esfuma. En esta selección intencionada, se omiten aquellos acontecimientos que podríán evidenciar las contradicciones e incoherencias del sujeto-individuo, ante las circunstancias o el contexto social en que actúa. Para esto se recurre a la cotidianeidad, entendida como refugio solaz. Ahora no sólo el individuo está predispuesto al bien y al mal, sino también los acontecimientos se presentan en su forma fenoménica y el contenido queda oculto. Así ocurre con hechos como la dictadura de los Tinoco; las intervenciones norteamericanas en América Central y el Caribe o la presencia organizada de los trabajadores urbanos y sus luchas de la década del veinte. Estos últimos se omiten y en ellos don Ricardo se esfuma de la crónica.

2) La presentación de los hechos. Aquí el periodista aporta con el detalle, la anécdota humorística, lo humano del protagonista. No es el acontecimiento a secas. Va también con lo específicamente humano-individual que lo enriquece. En esto la narración del cronista adquiere

un especial atractivo y un hondo significado ideológico: lo humano es válido para todos, crea similitudes y abstrae diferencias y contradicciones. Y, aunque eso humano no sea lo determinante, en este relato adquiere el rango de elemento determinativo.

3) El individuo-político no aparece aislado, sino entre fuerzas que lo quieren instrumentalizar: la oligarquía. Su virtud es la de salirse de las veleidades y caprichos de las casas poderosas o familias con fortuna, linajudas, llenas de convencionalismos, mitos, estereotipos, ayunas de ilustración, pero con poder. El autor acierta al reconocer los grupos económicos y su mentalidad fosilizada. Contrasta algunos de estos aspectos para exhibir a la figura y su generación, pero omite el carácter de la ley transigida, reformada y ajustada a esos intereses. Oculta a otras clases ante las cuales no aparece enfrentado don Ricardo. Señala el enfrentamiento evidente y oculta sus raíces y las profundas contradicciones sociales.

Los capítulos siguientes describirán las peculiaridades de la vida familiar de la casa Jiménez Oreamuno. La formación de la personalidad e intelecto de don Ricardo: su romanticismo, su formación positivista, en nada extraños con el ambiente intelectual de su época: Krausismo, comptismo, materialismo. Una gama amplia de influencias ideológicas, filosóficas y políticas en su pensamiento y obra. Su laicismo y el aporte a la formación civilista, como rasgo de validez absoluta en los costarricenses, la Cartilla Cívica. Este fue un manual de doctrina democrático-burguesa para uso tanto en la enseñanza oficial, como de los políticos liberales y de sus sucesores políticos: la generación demócrata de los años cuarenta.

Varios relatos se refieren al don Ricardo populachero. En alguna parte se muestra un sentido cuasi paternal hacia el trabajador "... ponía atentos los oídos a los sentimientos y las ansias de las clases más modestas, medrosas por costumbre y peor armadas intelectualmente, las que no tienen voz para manifestarse y están siempre en espera del profeta que ha de venir a hablar por ellas" (p. 55). Una actitud que refleja más bien el rechazo impúdico a la existencia de otros sujetos históricos, las clases subalternas. Hay también una crítica superficial, por parte de don Ricardo a lo hegemónico: "Lo que en estos medios suele prevalecer y hacerse oír, es el pensamiento dominado o vendido a las otras clases, más poderosas social y económicamente pero que, en definitiva, son las de más reducido número" (p.55). Y, una serie de señalamientos sobre la posición centroamericanista de don Ricardo aunque le hiciera tenaz oposición a Justo Rufino Barrios, persona que sintentizó en un momento histórico la Unión Centroamericana con el sable y la dictadura (ps. 61-82).

IV. LA HISTORIA EN LA SOMBRA.

Héroe político, acontecimiento-anécdota y corto plazo serán las claves prototípicas para la conformación de la historiografía tradicional. La historia política, ésta historia política, no va más allá de señalamientos pseudoindicativos de la realidad del poder. Primero, porque privilegia a quien individualmente hace uso o ejerce el poder del Estado. O bien, porque confunde los niveles de poder político y gobierno. No puede ir más allá de lo aparential y, por ende, no puede profundizar en los entrelazamientos o entrecruces de múltiples elementos, de ese aparente caos en que se nos presenta la realidad política para identificar causas y explicar eventos. El poder queda inexplicado en su esencia, pues no es posible para esta historia romper los límites en que se ha constituido.

Segundo, esta historia reivindica lo nacional. Está ligada en nuestra América a la constitución o consolidación de los estados nacionales y por quedarse sólo en lo aparente, privilegia pues la relación biografía-ser-nacional, biografía-historia-del-país. Son los individuos-héroes en sus obras y gestas los que consolidan y forman en apariencia el estado nacional y en su vida le dan historia a su país. Los procesos socioeconómicos, las fuerzas sociales y los conflictos entre clases están totalmente abstraídos. Y, por ello, la historia sólo es hecha en grande, cuando se es grande. Como ocurre que nuestra nación es pequeña, comparada con las europeas o los Estados Unidos, son estas sociedades mayores las que hacen nuestra historia. "Nosotros no hacíamos materialmente historia; éramos demasiado pequeños, demasiado pobres, y nuestro aislamiento nos preservaba de las grandes conmociones mundiales" (p.25).

Lo anterior es otra constante en la historiografía nacional liberal. La incapacidad de discernir entre lo nacional y lo universal de nuestra historia, o el anulamiento de lo nacional por lo universal. Esta noción surge de los mismos cronistas coloniales; para estos nuestra historia se inicia con la conquista y expoliación. En las crónicas de don Joaquín, no ha habido cambio sino hasta la inserción nacional en el mercado capitalista mundial y, presumiblemente tampoco expoliación. Los inmigrantes del Siglo XIX con capital, bienes de consumo, actitudes de cálculo, ahorro, inversión, iniciativa y riesgo, fulguran alrededor de El Moisés que nos enrumba al progreso del capitalismo agrario, a la civilización frente a la barbarie. El único derecho que nos queda es, no el de hacer nuestra historia, sino a lo sumo nuestra biografía.

En tercer lugar, otra peculiaridad está en el orden de lo puramente epistemológico. Su pretendido rigor por las fuentes, por el fichero exacto y completo, por la fecha precisa y por el cómputo matemáticamente demostrado. Esta historia, que nace cuando se consolida —digamos— el estado nacional, tiene como trasfondo teórico-metodoló-

gico al positivismo. El hecho está ahí, es empírico, describible, computable e imperecedero. De ahí las constantes y permanentes citas en extenso de textos a través del libro y la naturaleza del apéndice. El tiempo y la causalidad adquieren un valor científico muy restrictivo. De ahí también la mitificación de la fecha, del momento preciso, exacto, cuando ocurre el acontecimiento, hasta la petrificación del tiempo en generaciones. Por ello, hay actos que tienen valor eterno y palabras e ideas cuyo valor trasciende su circunstancia “...supo infundirle a sus palabras cierta vida de perdurabilidad que puede ser aplicada dentro de cien años como lo fue hace un cuarto de Siglo, o como lo es hoy” (p.19). La noción de proceso se borra y con ella los ritmos de evolución y su celeridad variable, ya se trate del movimiento de las diversas estructuras o de las coyunturas.

V. EL OLIMPO Y TODOS LOS DEMAS

Lo anterior explica la relevancia que adquiere en el libro el mes de noviembre de 1889. Dirá nuestro autor que en ese mes fue cuando “...el pueblo eligió al hombre —José Joaquín Rodríguez— que consolidó en torno suyo a la mayoría popular”. Será en los hechos que acaecen el 7 de noviembre de 1889, la noche de los cuchillos, cuando las fuerzas populares, agitadas por la oposición al gobierno, imponen su voluntad de sufragio. “Triunfó entonces, por primera vez en la historia, el sistema democrático representativo” (p. 183).

A partir de entonces la democracia costarricense será orgullo nacional y el sufragio, etiqueta de legitimidad de los gobiernos de turno y de los grupos que ascienden a él. El 7 de noviembre se legitima el acto de ascenso al gobierno de la oposición civil apoyada por el clericalismo, a través del sufragio. Por primera vez “el pueblo” no toleró el irrespeto a su voluntad y el gobierno tuvo que someterse al veredicto de la “mayoría”. En esto están de acuerdo las distintas corrientes historiográficas costarricenses.

Así, el problema del poder, a la vez que ha sido separado artificialmente de la economía, de la religión y de la “politiquería aristocrática”, se compartimenta en otro espacio, en la instancia jurídico-electoral, recurso último que tiende a igualar los derechos políticos y a representar la voluntad general. En eso remata la democracia liberal. Se ha producido otra metamorfosis, el personaje-mito encarnado en lo humano, entra a formar parte de la colectividad-mito encarnada en la élite, en el Olimpo; este es quien asume la historia política para sí y por los menesterosos, con un instrumento legítimo: el sufragio. Fecundar este

mecanismo, enraizarlo en la mentalidad colectiva nacional, será en lo sucesivo sinónimo y fin último del fortalecimiento de la democracia. De ahí los derechos y deberes electorales concomitantes y el sentido último de la libertad e igualdad ante las leyes.

Pero la noche de San Florencio gesta, además, la generación de intelectuales y cuadros políticos que van a asumir el mando durante medio siglo de la historia tica: surge la generación del 89, los liberales, entre los cuales, de ese Olimpo, desciende don Ricardo y una extensa lista de miembros de lo que fuera el partido Republicano, simiente de ideales renovadores en la democracia liberal-burguesa. El 7 de noviembre queda convertido en hito. El sufragio, medio y vía legítima única de acceso al poder se sacraliza, se hace canon absoluto y por esto la voluntad política general se hace un mito. La fecha, el hecho, la movilización armada se convertirán en gesta, que serán reiteradas constantemente en las páginas inmediatas y siguientes del libro. De esta fecha irán a surgir los abogados, juristas del nuevo arte del ejercicio del poder, agentes y arquitectos de los nuevos pilares del dominio liberal: la educación, la reglamentación de la producción, el comercio, la difusión de ideas, en fin el ordenamiento de las instituciones.

Sin embargo, el relato obvia los entretelones de los acontecimientos y las causas profundas de la revuelta; sus móviles, su dirección, la relación con otros elementos que pudieron incidir en la masiva oposición al gobierno de Bernardo Soto. Por ejemplo, la existencia de otros partidos y líderes como Félix Arcadio Montero y lo que había en su entorno, son aspectos que también quedan al margen. Igualmente se evita el análisis del desecho que hace José J. Rodríguez "de los principios que le habían dado el triunfo". El nivel puramente aparential del relato ha ocultado la trama y anecdotizado el hecho. El cronista releva para el tiempo que sigue el surgimiento de un nuevo grupo de cuadros del Estado. El 7 de noviembre del 89, no importa por qué tuvo la virtud de dar cuadros políticos excepcionales, entre los cuales destaca don Ricardo. Serán cuadros que, a través del sufragio sacralizado, ejercerán el poder del gobierno, única forma de poder político que merece atención en el discurso que comentamos. Cualquier otra forma de acceso a la dirección del Estado quedará entonces desacralizada, a excepción de que tal forma, sea golpe de estado, guerra civil o insurrección popular, se justifique como lucha por el retorno o recuperación de las vías electorales de acceso al poder. De esta forma el relato y la historia política tradicional mitificarán de tal manera el sufragio que sólo en función de éste pudieron pseudolegitimarse gobiernos no electorales posteriores. Esa forma, así sacralizada, se estableció como barrera político-ideológica para otras formas posibles de acceso al poder, en manos de otros sujetos sociales.

VI. LA HISTORIA DE LO OCULTO.

La historia política en tanto pretensión científica se extiende a otras esferas de la vida social. El problema acá, no sólo es de enfoque y de concepción, sino también de método. Rebase el personaje, el acontecimiento, la institución, la anécdota y por tanto el relato. Rebase además lo político. Empero, en tanto de lo político se ocupe, centrará su atención en el poder: ¿quien lo controla? , ¿cómo lo controla? , ¿quién lo administra? Responder a esto no es identificar figuras. Va más allá de los sujetos individuales para ahondar en grupos, clases, necesidades-intereses de ellas, y formas de conseguirlos en una relación de dominantes-dominados. Ahí está la razón por la que en esta crítica nuestro análisis obvia el papel del individuo en la historia.

Por ello la historia política en tanto historia del poder se asienta en los procesos económicos: en la producción y reproducción del capital, sus transferencias, distribución y consumo. Remite a los procesos sociales de confrontaciones, alianzas, colaboraciones de clases y fracciones. Señala y apunta sobre sus intereses y prioridades, para "elevarse" a niveles más concretos en los planos de la vida política: los partidos, las ideologías y las instituciones. Ya no son sólo su objeto los niveles de las estructuras partidarias, junto con los grupos y fracciones, sus divergencias, confrontaciones y alianzas, sino también las ideologías.

Estas ideologías no se expresan sólo en un conjunto o diccionario de definiciones, o en una agenda o listado de tareas, en una utopía; sino que se presentan como un resultado, concentrado, pretendidamente armónico, pero también contradictorio de intereses diversos. Suma de un proceso de esfuerzos de interacción y conciliación. Al fin, resultado de un movimiento de fuerzas en la cual, algún grupo, por algún medio, se ha sobrepuesto al resto. Mas, a su vez, ese resto, de alguna forma se encuentra reivindicado, aunque sea sólo mistificadamente, en tal proyecto ideológico.

Por último, las instituciones. Tal vez lo más evidente en este nivel es el Estado que, como su forma suprema, mantendrá alguna propiedad de autonomía de las instancias puramente políticas señaladas, así como de los procesos sociales y económicos. Por ende, la historia política no puede hacer sólo una simple declaración de análisis del poder, sino de su origen. No una mera descripción de los planos interactivos, estructura y superestructura, sino su determinación y vinculación. No es una simple descripción o explicación de la civilización material, sino que explicará y dará cuenta del papel de la mentalidad colectiva, con sus propios ritmos, no necesariamente lentos en todo momento; sus solidaridades, sus hostilidades, valores, lealtades y desencantos ². Esta historia no podrá ser, pues, una narración o un relato, "no, esto no es historia" ³.

VII. LA HISTORIA POLITICA COMO ARMA.

Los señalamientos anteriores no agotan los temas de importancia política que trata la obra de don Joaquín. Podemos citar y recomendar la lectura reflexiva en torno a cuestiones como las relaciones internacionales con Centroamérica, México y los Estados Unidos; señalamientos sobre el pensamiento liberal, el reformismo liberal, el militarismo; los partidos políticos, sus convenciones, relevos de liderazgo, relaciones con el Estado; la mentalidad política del campesinado; las resistencias de la Iglesia a la pérdida de su poder y los procedimientos utilizados en ese conflicto, etc.

Resaltamos dos aportes de contenido. Uno es la referencia a las disputas y contradicciones al interior de la élite en el poder; son los que se han dado en llamar los liberales, sin matices y que muestran, a través de esa ideología, las particularidades de sus necesidades-intereses como fracción de clase, grupo o clase social; en fin, bloque en el poder. Otro será la diferenciación ideológica en el resto, la oposición: partidos, corrientes y, entre estos, la larga lista de notables del Olimpo (p. 207). Otro aporte significativo es el darle relevancia a todos aquellos elementos que incidieron en la tradición democrática y republicana nacional, dentro de nuestra específica formación económico-social. La instrucción cívica, integrada a veces, suprimida otras y reintegrada después a los programas educativos y que don Ricardo iniciara con su Cartilla Cívica de 1888. Los acontecimientos políticos y militares del 89, la pugna interoligárquica y la consecuente búsqueda de legitimidad en las clases subalternas por alguna de sus fracciones para mantenerse en el poder. El deterioro de la imagen autoritaria del Poder Ejecutivo y de los militares en su vida crepuscular durante todo el período; el surgimiento del sufragio como forma de selección de los cuadros directivos del Estado; desde el voto indirecto, censitario y público, hasta el sufragio universal, directo y secreto de los adultos, hombres y mujeres, aunque en estos cambios, don Ricardo no pierde, para la crónica, su rol de héroe inspirador y protagonista.

“Desde 1888... don Ricardo mantenía la idea de que el ejercicio del sufragio debía variarse en el sentido de establecer el voto directo” (p. 263). “Si ... Don Cleto González Víquez fue el gobernante paternal y generoso, el hombre de extremo respeto a la ley y el historiador de nuestra democracia, don Ricardo fue el expositor de los principios republicanos, el defensor e impulsor de la doctrina democrática y el adalid de sus instituciones... Siempre fue un predicador de las más puras tesis republicanas y siempre creyó... que el camino de que el pueblo se gobernase por sí mismo... habría de llevarlo a la paz y al bienestar general” Pp. 273) “El arma suprema de los pueblos... es el sufragio... la soberanía se ejerce por el sufragio universal”.

Aquí todo parece indicarnos que según el autor y el mismo don Ricardo, ésta será su arma para la lucha política, en tanto amplía la participación electoral; mas también hay cierta invalidación de la capacidad de las clases subalternas para ejercer el poder del Estado: “Las grandes multitudes son muy propias para encenderse en iras, ... entre las funciones que deben desempeñar los poderes públicos, hay muchas cuyo descargo exige conocimientos y aptitudes especiales que sólo reúne relativamente, un número determinado de personas, tales son las funciones judiciales y legislativas” (p.275). Se pone en evidencia, aunque el cronista no lo infiera, una concepción elitista del poder y sobre todo se describe el poder político oligárquico expresado en el Estado de la época; mientras que las otras expresiones del poder de esa clase han sido obviadas.

En todo caso, la función de la historia política tradicional es precisamente imponer barreras entre lo aparente y el fondo de la vida política de la nación. Su función en la sociedad costarricense, con el recurso a la anécdota, la figura, el acontecimiento, es la de reforzar y darle legitimidad a varios mitos, entre ellos el de la tradición civilista, la democracia política a secas, la armonía y equilibrio de las fuerzas sociales en nuestra historia. Si bien el relato que nos ha ocupado pone en evidencia manifestaciones de conflictos interoligárquicos, no hurga en sus raíces, ni en la savia que los nutre; por ello pasan en el análisis, a ocupar una función legitimadora de los nuevos grupos y clases en el poder, y de nuevas formas de funcionamiento de la democracia representativa. Las viejas disputas legitimaron la República del Olimpo. Por tales objetivos, las causas históricas no van más allá de la bondad-maldad de individuos; eficiencia-ineficiencia de cuadros políticos e instituciones representativas y las fuentes no pueden rebasar el dictado, la transcripción de los testimonios y escritos oficiales.

La historia política liberal ha sido recreada con algunas críticas de fondo en las nuevas formas de hacer historia política, aunque con bastantes limitaciones, derivadas en parte del apego a las fuentes liberales y a un abordaje desde perspectivas teórico-metodológicas aún imprecisas. Algunas reediciones de este pasado político que superan los enfoques tradicionales son:

- a) Interpretaciones sociopolíticas generales como las de José Luis Vega y Rodolfo Cerdas.
- b) Estudios en torno a nuevos temas como el reformismo, de Jorge Mario Salazar o los sociólogos Francisco Esquivel y Manuel Solís.
- c) Los partidos políticos, en trabajos de Carlos Araya Pochet, Ana M. Botey y Rodolfo Cisneros.

- d) Interpretaciones novedosas sobre la guerra civil de Manuel Rojas Bolaños; o de las alianzas políticas en esos años como en la tesis de José Manuel Cerdas y Gerardo Contreras.
- e) Investigaciones sobre las instituciones políticas de Oscar Aguilar B.
- f) Obras sobre el sufragio, el sistema electoral y actitudes políticas de Eduardo Oconitrillo, Eugenio Rodríguez Vega y Wilburg Jiménez.
- g) Ensayos y crónicas políticas de Eugenio Rodríguez Vega, Daniel Oduber, José Figueres.
- h) Investigaciones de corte jurídico como la de J.H. Muñoz, Juan Rafael Espinoza, o de Francisco Romero.

No obstante esto, se hace necesario insistir en el hecho que, la función de la historia política, en tanto refuerzo de mitos y estereotipos, no sólo por la forma del discurso, sino por los métodos de investigación y los ligámenes políticos manifiestos, rebasa la función académica y nos encara con el problema de la posición del historiador, en última instancia del científico social, en cuanto a la defensa y mantenimiento de la tradición política nacional y del *statu quo*. Por ello, y tan sólo por ello, la historia del poder, en tanto historia política que va más allá de los héroes y acontecimientos, de las anécdotas y el relato, de por sí es subversiva; en tanto que devela los mecanismos profundos de la dominación tradicional y los mitos que han posibilitado esa dominación. La historia política también tiene una función política. Por ello esta obra que comentamos estuvo apoyada profusamente en su recopilación y edición.

- (1) Lucien Febvre. *Combates por la historia*. Ariel, Barcelona, 1971, 2a. ed. p.40. (el paréntesis es nuestro).
- (2) Cf. Héctor Pérez Brignoli. "¿Historia política o historia del poder? Reflexiones sobre un libro reciente de Tulio Halperin D." En: *Estudios Sociales Centroamericanos*, no.10, San José, 1975. p.p. 125-139, *passim*.
- (3) Lucien Febvre. *Op. cit.* p.112.

Carlos Abarca V.
Jaime Delgado R.
Escuela de Historia
Universidad Nacional